

Arbitrario

El fútbol es la única fiesta con dictador. Su pedagogía es la de la amenaza y el arrepentimiento: **amarilla**; o la del exilio y la censura: **roja**. Nombrado para mantener la paz, cumple el destino trágico de sembrar conflicto. Sus decisiones: irrefutables; su presencia: imprescindible; su efecto: la discordia. Trabaja solitario, porque poco escucha a sus compañeros, los marginados con bandera. Es el único hombre que sobra en la cancha, el que estorba. De vez en cuando hay alguien que se desquita y lo despeluca con un balonazo, quien lo golpea se excusa siempre con la mano en la espalda cruzando los dedos porque sabe que no es una disculpa sincera. Vienen en todas las tallas, tamaños y especies: el que no corre; el que no ve; el que corre, pero es miope y no se da cuenta; el que se equivoca al expulsar un jugador y para equilibrar expulsa a otro del equipo contrario; el permisivo, el que no permite nada, el juez sin ley.

Pobre árbitro, corre tras la pelota noventa minutos, pero nunca la toca. Es dueño del tiempo, pero se lo roba ¡ja! Y receptor del desprecio casi unánime de la hinchada. Bifronte: es héroe y tirano a la vez.

Pobre árbitro, su vida es tan triste que le permiten vestir de colores, la única forma en que puede tener algo de luz.

Autogol sin balón

Santiago viajaba a la vereda Alto del Frisol en una camioneta blanca junto con su padre y su perro. Estaba enojado, pues su padre había insistido en viajar esa tarde a las 2:00 p.m., y esa tarde se jugaba, nada más y nada menos, que la final del mundial: Italia contra Francia. Fruncía el ceño y resoplaba para que su padre se diera cuenta de su enfado. No porque Santiago no se lo hubiera hecho saber, sino porque el gesto era el manifiesto de su descontento.

- No puedo creerlo papá, no puedo.

- Deja la pataleta, es sólo un partido y puedes ver la repetición cuando lleguemos a la finca. –contestó su padre sereno mientras tomaba la vía hacia Zipacón.

Santiago enrojeció de furia, pero experiencias pasadas le habían demostrado que como el calor deformaba las palabras, era mejor enfriarse. Bajó la ventana para respirar un poco. El verde frío de Cundinamarca lo calmaba, le recordaba los campos de fútbol en los que se jugaba el honor cada vez que tenía oportunidad de hacerlo.

-Nunca es sólo un juego papá- murmuró.

Eran las 2:30 y el partido estaba por comenzar. Santiago había comprado baterías nuevas para su *discman* pues no quería interrupciones para el partido y su padre se negaba a sintonizar la emisora que transmitía el juego. No quería saber nada del mundial. Se puso los audífonos, subió el volumen al máximo para entrar en ambiente con aquel rito sagrado y cerró los ojos deseando la victoria del equipo francés. Había seguido a *les bleus* desde el principio del torneo. De su padre había heredado una descomunal admiración por Zidane, tan grande, que había tomado cuerpo en su vida cotidiana. Sus cuadernos del colegio, sus colores favoritos, la forma de llevar el pelo, todo giraba en torno a lo que su madre llamó *la fiebre zinadina*.

Y la fiebre se encendió 7 minutos después, cuando Zidane cobró un penal para su selección. Santiago gritó tan fuerte, que su padre tuvo que frenar en seco para recuperarse del susto.

-¡Santiago, por favor! –gritó desconcertado.

- Lo siento papá...bueno, en realidad ni tanto. ¡Gol de Zidane! -Replicó Santiago exaltado. No entendía por qué su padre se encontraba tan reacio a escuchar el partido, quizá la nostalgia de ver partir a su ídolo le podía más que la emoción.

Santiago y Rafael, su padre, sabían que este era el último partido que jugaba su astro. Había anunciado al comienzo de la temporada que tras el mundial colgaría los guayos, así que la sensación era doble: como un sabor agridulce. Una miel amarga. Rafael se acomodó en su asiento luego del frenazo, miró con ojos cristalinos a su hijo, que exhibía una gran sonrisa, una sonrisa de gol, y reanudó la marcha.

La señal comenzaba a perderse entre los altos de la vía por causa de la montaña que se imponía a medida que avanzaban. Poco le duró la emoción del gol de Zidane, pues al minuto 19 Materazzi, con un cabezazo, empató el partido tras un cobro de esquina de Pirlo.

Minuto 19 y Santiago se atoraba con su propia saliva. Otro frenazo de su padre, tras un puntapié de Santiago que hizo gemir al perro, que dormía sobre sus pies en el asiento delantero.

- ¡Jueputa! Nos empataron.

- ¡Me vas a hacer estrellar, Santiago!, por favor – dijo su padre conteniendo la impaciencia. Tenemos que llegar vivos para saber cómo acaba, ¿no?

Santiago sonrió, así eran las reconciliaciones con su padre, sin protocolos ni rodeos. Llegó el medio tiempo. Santiago tenía un dolor inmenso en el brazo derecho por tenerlo levantado en busca de señal. Pararon a estirar las piernas y a comer algo, pero Santiago tenía el estómago hecho un nudo; ni agua le entraba. Al retomar el camino, faltaba todavía una hora y media para llegar, y ya habían pasado 30 minutos del segundo tiempo. Seguían empatados y la narración del locutor se volvía lenta, desesperada. Santiago se comía las uñas y hacía fuerza con los pies. Podía sentir en el dolor de sus piernas tensas el cansancio de Zidane, el cansancio de toda una carrera profesional, pero faltaba tan poco. ¡Ánimo! - pensaba para sí.

Minuto 90 y el partido tuvo que extenderse a tiempo extra. La vía estaba bloqueada por un derrumbe, y la señal se había reestablecido, como la energía de los jugadores, que seguían corriendo, aunque se les empezaba a encalambrar la voluntad. Minuto 105, ya no había cambios, los jugadores jadeaban, las camisetas empapadas de sudor, como la de Santiago, que no podía esconder lo afectado que estaba. Restaban 15 minutos del tiempo complementario si terminaban sin goles, se irían a definiciones desde el punto penal.

Reabrieron el paso en la vía y arrancó la segunda parte del tiempo extra. El descenso comenzaba en el camino hacia la vereda, la señal se volvía intermitente...

Co....rre la ppppe....lotaen Berlín....final....mundo

- ¡Cabezazo de Zidane, papá! – gritó Santiago- ¿gol? Si nos fuimos arriba con un gol de cabeza, me tatúo.

Santiago sacó el *discman* por la ventana esperando obtener señal.

- ¿Roja? ¿Tarjeta roja, y además directa? ¿A quién? – interrogaba desesperado al viejo aparato que tenía en mano.

Miró su reloj y calculó que debía ser el minuto 110. Rafael conducía rápido, vio en la curva un quiosco: *Los Guarumos*. Estacionó la camioneta y se bajó. Santiago caminó por la carretera en busca de señal. Su padre entró en el quiosco. Había allí cinco personas que miraban el televisor sin parpadear.

- ¡Santiago! –exclamó con la voz quebrada.

En el campo, el silencio suena distinto. Rafael pudo percibir el desgarró en el corazón de su hijo al ver cómo Zinedine Zidane salía expulsado de la cancha en el estadio de Berlín. Se encontró con su hijo en el dolor. La radio y la televisión repetían la embestida. Así se siente la muerte de un ídolo: como un autogol sin balón.

-¿Nos vamos? – preguntó Rafael.

- Sí- contestó Santiago dejando el discman sobre una mesa. Había conseguido señal. El perro ladraba con desespero dentro de la camioneta.

El confesor

La alegría de tres generaciones había germinado al fin. En el camerino era todo algarabía. Periodistas, fotógrafos, familiares y amigos se abrazaban y celebraban el triunfo del equipo, que nunca había ganado un torneo. Los jugadores, sudorosos, entraban y salían de prisa, se quitaban la camiseta, gritaban, saltaban, chocaban las palmas de las manos y sonreían. Se agarraban las cabezas unos a otros y no decían nada, estaban anonadados. Afuera se escuchaban los pitos, los cantos, los gritos, vuvuzelas, los insultos, las expresiones de dolor, y, se veía el espacio, ahora vacío donde había estado la barra del equipo contrario. Se escuchaba el sonido de una nube a punto de estallar, y en el cielo, destellaban los relámpagos de una tormenta que no demoraba en llegar.

Aníbal se puso de pie con el ánimo de caminar hacia la cancha, que ya estaba lista para la sesión de fotos previa a la premiación. Tenía las piernas plomizas y el corazón inmóvil, como si de tanto pensar no pudiera ya latir. Iba como en cámara lenta, y el viento le susurraba en el oído secretos indescifrables.

Buscaba el ruido de tambor seco en su pecho: nada. No encontraba su corazón. Caminaba como si hubiera acabado de regresar de la guerra, herido en los costados y un poco cojo; sin embargo, los espejos de las paredes del túnel le devolvieron una imagen físicamente intacta. Le llevó mucho tiempo atravesar el túnel de 30 metros para llegar a la cancha, cargaba los fantasmas de los muchos errores cometidos en el partido. El Aníbal que falló el penal, el que no marcó al delantero, el que se dejó ganar la espalda tantas veces. Lo acompañaban los fantasmas en silencio, acongojados y cabizbajos. Se acercaba a la cancha. Las luces lo obligaban a cerrar los ojos. Aparecieron primero sus pies y sus piernas, el número 19 en la pantaloneta limpia...como si no hubiera jugado. Se quitó el pelo de la cara con un ademán ligero, salió a la luz.

Le llovían aplausos en los tímpanos. *Qué bien lo hiciste Ronco.* Le gritaba un periodista, mientras le acercaba el micrófono a la boca, como si le ofreciera un bocado de palabra. Aníbal guardó silencio y observó al periodista, que, desbordado en alabanzas, prosiguió su soliloquio *...estoy aquí con Aníbal Ronco, el jugador de la cancha. La figura de esta noche que se dejó ganar la espalda para cubrir la marca que su compañero había soltado, que falló un penal a propósito porque no había sido falta en el área, que dejó al delantero libre en la 16, 50, porque sabía que era el central el que suponía mayor peligro, Aníbal Ronco, el de la voz más clara...*

Aníbal veía los labios de aquel periodista, regordete y dos cabeza más bajo, moverse con el afán del que teme perder las palabras. Le puso una mano en el hombro, esbozó una sonrisa a medias y siguió caminando hacia la tarima. Estaba siendo coreado por todo el público, gritaban: Ronco, y perdían la voz; tomaban aire, repetían de nuevo el mismo coro: Roooonco, Roooonco. Sus compañeros de equipo se unieron al coro; el entrenador, el médico, el personal administrativo del club, todos aplaudían. El estadio era una estampida sonora.

Después de subir a la tarima, todo sucedió muy rápido. Vinieron las medallas, la entrega de la copa, las fotos, más lágrimas, las camisetas de campeones, y, de repente, las palabras del presidente de la Asociación de Fútbol, que terminaban con una pregunta... *Aníbal, ¿qué*

hará luego de este triunfo? El público guardó silencio, el estadio se quedó como vacío, nadie respiraba, y todos esperaban atentos las palabras de su redentor. La nube tampoco tronó. Aníbal aclaró la voz, y dijo: «Hablar con Dios». Y se bajó de la tarima cobijado por el grito de júbilo de su hinchada.

Hizo el mismo recorrido, detrás de la tarima, hacia el corredor: 30 metros hasta el camerino. Quitarse la cinta de capitán, echarla en la maleta, colgar los guayos en el casillero, sacarse las medias, limpiar las canilleras sudadas, mirarse los pies cansados, ponerse medias limpias, sacudirse el pasto de las piernas, ponerse el pantalón de sudadera; dejar la camiseta sobre la silla, abrigarse con la chaqueta. Ponerse la gorra y los tenis; hacerle nudo doble a cada uno, apretarlos bien; tirar la bolsa de agua vacía a la caneca, salir del estadio por la puerta de atrás. Camuflarse entre los otros, ponerse la capota de la chaqueta, evadir a todo el mundo. Nadar contra la corriente de los ríos de gente, volverse sordo ante el barullo, encontrar una calle vacía, estirar la mano, esperar. Al fin, tomar un taxi, *A la iglesia de Lourdes, por favor*. Cerrar los ojos. Frío en la nuca, sudor en las manos. Sentir que el carro se detiene, pagar, no esperar las vueltas, bajarse, cruzar la 13 sin mirar hacia los lados. Pitan los carros por la imprudencia. Atravesar la plaza, espantar palomas con el paso, ignorar al mendigo, subir las escaleras, *En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo...* Tomar aire. Levantar al fin la mirada: la cruz se impone. Mirar a la derecha, sentarse en el confesionario, descubrir su corazón de nuevo...Sentir cómo el espacio se vuelve más pequeño con cada latido, diástole, el padre corre la rejilla, sístole, pega la oreja, y...*Dime, hijo mío...* Padre...cómo le digo...el juez de línea no subió la banderola y me picó el ojo...la verdad es que...estaba en fuera de lugar. La nube, que llevaba ya un rato amenazando, estalló afuera.

El día en que Messi bailó

Se disputaba el minuto 29 del partido entre el Athletic Club de Bilbao y el Barcelona. Ya Paco Alcácer había anotado un gol a favor del equipo blaugrana y el diez había hecho temblar la portería contraria. De pronto, un pase profundo. Dembelé levanta la cara y se la da a Messi, que viene por el borde del área grande, se autohabilita y anota. Esa jugada es una pintura.

Yo, que tantas veces lo había visto marcar ese gol, aplaudí como siempre desde la sala de mi casa, y repetí lo que bien podría convertirse en mantra: *Messi es de otro planeta*. Pensaba en los muchos goles similares que le he visto con esa zurda irrepetible... cuando de pronto, luego de abrazar a sus compañeros que llegaban por turnos a felicitarlo, de echarse la bendición con la mano derecha, enviar un beso al cielo y elevar los dos índices como apuntando al Dios que lo creó para no aburrirse, Lionel Messi señaló a la tribuna estirando su brazo izquierdo, brazo en el que llevaba la cinta de capitán, y movió los hombros como si le hubiera sonado un mapalé en el oído.

¡Bailó, Messi bailó!

No podía creerlo. Tomé el control remoto y retrocedí unos segundos la transmisión para confirmar que, en efecto, Messi había celebrado su gol bailando. Era el gol número quinientos con la camiseta número 10. Gol número quinientos con esa camiseta, ¿Quién sabe cuántos con las otras, la diecinueve y la treinta?, ¿Quién sabe cuántos con News Old Boys, o cuántos en las calles de Rosario? Y aun con todos esos goles, Messi sigue celebrando, porque no ha vuelto costumbre aquello que es natural en él: anotar, crear, bailar. Entonces, llegó a mí la revelación: Messi ha bailado siempre con el balón, lo extraño es verlo bailar sin él.

No podría creer lo que veía. Es cierto que con Messi la sorpresa se encuentra a la vuelta de la esquina, que la memoria funciona hacia delante, porque uno mismo empieza a jugar con las probabilidades que sólo él es capaz de materializar, pero esto no lo esperaba ninguno. Le había escrito ya un cuento al diez porque pensaba, y sigo pensando, que la única forma que yo tengo de jugar con Messi es escribiéndole. Borré la página y volví a empezar. El cuento se me convirtió, más bien, en un relato confesional...

La confesión es que Messi desafía la escritura. Es preciso escribir con muchas comas y pocos puntos. Amaga a la derecha y sale por la izquierda, pica, frena, vuelve a arrancar; deja regado al volante de contención; le lanzan una patada. No se cae, porque no se quiere caer. Corre más rápido que el balón, más rápido que las ideas, que las palabras, qué difícil es narrar sus movimientos con precisión. ¡Gol! Y se exalta el lenguaje, se lesiona, y se cose su ausencia con puntos suspensivos. Es su propio referente, no hay términos de comparación.

Con Lionel Messi la ley de la gravedad se convierte en un principio engañoso: es como una manzana que se niega a caer, incluso cuando ya es su hora. Y lo sorprendente es que mientras todos intentan tumbarlo, se caen. La geometría tampoco ha podido dar con el chiste: Messi sufrió deficiencia en la hormona del crecimiento y no tuvo más remedio que crecer por fuera de su cuerpo, dejando vacío el concepto de volumen: Messi ocupa el espacio de todos los cuerpos en la cancha y el espacio ideal que se guarda para un ídolo en la esquina de la mesa de noche, en la pared, en el rincón sagrado de la memoria.

Messi desafía el lenguaje. No es que sea rápido y pueda correr calles enteras como Husain Bolt; tampoco es Gareth Bale, que da zancadas enormes y avanza a treinta y seis kilómetros por hora. Es rápido por su forma de mover el balón cerca de los pies, por deshacerse de un contrario en tan sólo un metro. Es rápido, porque antes de recibir el balón ya sabe qué hacer con él, porque no es predecible, porque sus movimientos no se pueden medir, porque las palabras no alcanzan a nombrarlo. Lionel Messi no cabe en el lenguaje.

Alguna vez Jorge Ramos, el narrador de fútbol uruguayo, navegó por el insondable universo del lenguaje para intentar hablar de él:

(Léase con acento)

«Rakitić atrás para Piqué, de primera para Busquets. Juega para Rakitić, Rakitić para Messi, Messi se mete al área, puede armar “lío”. Se metió. ¡Golazo, por Dios! ¡Me levanto y me voy, no hay más nada para ver! Damas y caballeros apagamos todo; que se cierre la radio; se cierre la cadena; que no haya más fútbol...porque no, jamás, jamás se podrá ver nada mejor que esto, sencillamente espectacular, *¡para qué lo voy a gritar, si no salgo de mi asombro! Lo que acaba de hacer Messi no es de fútbol, no es del deporte: esto es magia*, damas y caballeros. Lío Messi... el gol, el gol de la Champions. Enganchó, se sacó a Boateng y, cuando lo buscó, Neuer: lo desparramó, la empaló, la pone por arriba y alguien desesperado quería sacarla, pero ya no hay nada que hacer..., ***no hay técnico, no hay estrategia, no hay táctica, lo que hay es genio, y el genio lo tiene el Barça y por eso gana.***»

¿A qué hora habrá respirado Jorge? No cabe el aire cuando se habla de Messi. Las palabras vienen una tras otra recargadas por la velocidad y la fuerza que su presencia les imprime. Para hablar de Messi hay que inventarse otro alfabeto y quizás un nuevo género. Él es el artificio literario personificado, la metáfora y la hipérbole. Se escribe sobre Messi empujándose sobre las palabras, revisando el diccionario, fundando otro lenguaje. Después de verlo bailar, un acto más cercano a quienes sólo experimentamos el fútbol a través de los otros, entendí que lo que Messi más desafía es la realidad.

Messi está enfermo de fútbol y nosotros padecemos los síntomas; lo seguimos con fiebre; al verlo, nos ponemos catatónicos, histéricos, temblorosos.

Mi último pensamiento en esta confesión es que para hablar de Dios hay que saber de fútbol y, sobre todo, hay que haber visto jugar a Messi. Lionel desafía la fe: lo ves y, aun así, no lo

puedes creer. Y cuando alguien me pregunta: ¿Por qué tanto alboroto?, contesto siempre de la misma manera: al ver jugar a Lionel *messi*to viva.

Terminé la confesión. Imprimí. Salí de casa como envuelta en la claridad que viene después de la catarsis. Caminé hacia la oficina del editor. Llegué. Dos golpes en la puerta. Entrar. Sentarse. Esperar a que él termine las notas en su computador. Gira con su silla, se acomoda frente al escritorio que nos separa, toma mis hojas impresas, me mira, lee.

- Oye sí, cómo fue de raro ese “baile”.

Y hace las comillas con sus dedos. Yo solo asiento con la cabeza.

- Bueno...esto no es un cuento, no fue lo que te pedí.
- Yo sé...ahí dice que no es un cuento. La confesión se me impuso.
- Bueno, pues...no te lo puedo publicar, pero... amén.
- Amén.

La edad de oro

Carlos se dejó crecer el afro, y se lo pintó para hacerle un guiño a la moda ochentera que con sus amigos instauraron en Pescaíto. Era difícil mantenerlo, requería cuidados especiales, y jugar al fútbol con semejante melena no era una tarea fácil. Un día, frente al espejo, tijera en mano, estuvo a punto de cortarlo, cuando su padre entró al baño.

- ¿Te levantajte bobo, o qué? - y le quitó las tijeras de la mano. Si te cortas esos rizos, ¿por dónde van a trepar las ideas?

Carlos buscó a su padre en el espejo. Jaricho levantó una mano cuarteada, agarró con el índice y el pulgar uno de los resortes, y al soltarlo le dijo:

- Usted nació pá pensá.

Y así jugó siempre el Pibe, con las ideas de oro enredadas en la melena.

Nacimiento de un sicario

Por los barrios de Moravia y Medellín Sin Tugurios caminó Pablo. Acompañado siempre de un Popeye que hacía de las balas su espinaca. Los niños les chocaban las manos, agradecidos con El Patrón por las canchas, las luces y los balones.

El partido arrancó. Un chico anotó un gol, y a su grito celebratorio se sumó una frase lapidaria del Patrón:

«Ese muchacho tiene buena puntería, si así dispara con los pies, imagínate lo que puede hacer con las manos, Pope». Y el muchacho quedó fichado.

Por arte de Maga

Era la mejor futbolista del planeta. En ese parque donde no sucedía nada, ella pasaba la bola como si hubiera nacido para eso. Jugaba en todas las posiciones y era la más valiente en la cancha, no le importaba hacer chilenas en el pavimento, ni dejar la mitad de la piel en el piso si eso implicaba evitar el gol. Las laterales cuasinegras de la cancha del barrio se tiñen de manchas morenas y rojas, testimonio de no haber dejado morir el balón en la raya.

Llegó a la cancha del barrio con un balón desinflado, y por primera vez la encontró sola. Sonrió para sí misma. La cancha sola le daba, por fin, la oportunidad de jugar, pues siempre la encontraba con niños que no querían jugar con una niña. El balón desinflado sólo le permitía hacer dominio, así que lo levantaba con los pies, controlaba con la cabeza, con el muslo, con el taco, podía hacer más de 100 toques sin dejarlo caer. Como por arte de maga, los más chicos aprendieron a contar por encima del 21. Al pasar por el parque, se sentaron en los bancos de concreto a verla hacer malabares. Ramiro se las dio de chistoso y le manoteó el balón cuando ella lo impulsó hacia la cabeza.

- A ver niña, si lo quieres, ven por él.

Dejó caer el balón y le puso el pie derecho encima. Ari se acercó tranquila hacia Ramiro, flexionó las rodillas en posición defensiva y, en un tono seguro, pero humilde, contestó:

- Si me pasas, te quedas con el balón. Si no puedes, me dejas jugar contigo. ¿Trato?
- Trato -contestó Ramiro, sintiéndose victorioso.

Ramiro estiró una sonrisa, arrastró el balón unos metros hacia atrás y se dispuso a emprender la carrera hacia Ari, más como si la fuera a taclear que a evadir. Ella lo esperó resuelta, y cuando ya lo tuvo casi al frente, se corrió dos pasos hacia la izquierda, estiró su pierna derecha y, rápida como la luz y le robó el balón. Ramiro frenó en seco y giró para buscar la pelota, regresó para recuperarla, pero Ari la movía tan rápido entre los pies, haciéndola girar, y empujándola y atrayéndola con tanta habilidad, que Ramiro no alcanzó a seguirla con los ojos.

Ramiro enmudeció, hizo el gesto de quitarse el sombrero, y se disculpó por su insolencia. La llamó la Maga, por esa capacidad para desaparecer el balón entre sus pies y hacerlo aparecer en el fondo de la red.

Nunca firmó contrato con ningún equipo, no ganó medallas, ni vistió algún color en particular. Jugó sin número en la camiseta e hizo de la cancha de barrio su estadio. Jugaba para los demás. Entendió que la libertad en el juego estaba también en el gesto de no amarrar el balón, y que una señal amistad era regresar un pase. Llegaron más niñas después de la Maga, sin sombreros ni capas, pero con toda la magia en sus pies.

Ramón Estornudos

*Cada uno estornuda,
como Dios le ayuda.
Góngora*

Nadie quería jugar con Ramón, porque vivía mocososo. La gripa era su sombra; tenía la nariz roja la mayoría del tiempo, y escondía uno o dos pañuelos entre la pantaloneta del uniforme de fútbol. Hablaba un poco extraño, como si de hubieran pegado da dengua a da padte postedioid de sus diedtes dedanteros, y nunca era titular.

Pepe Murillo, su entrenador, lo mantuvo calentando banca durante toda la temporada. Apenas lo dejaba jugar los minutos de adición, que en un torneo intercolegial eran, a lo sumo, uno o dos.

Aquel sábado, Ramón, como todos los sábados, montó en su bicicleta y se dirigió al colegio. Eran las 9 de la mañana y el partido comenzaría las 11. Llegaba siempre de primero y se iba siempre de último, aunque no jugara. El viento le golpeaba la cara más fuerte que de costumbre, a lo que su cuerpo respondía con una ráfaga de estornudos. Llegó estornudando al partido. No le molestaba. La verdad es que sufría de senos paranasales irritables, así que había hecho las paces con el hecho de estar mocososo.

Esa mañana notó algo distinto en su equipo: la angustia los sobrecogía a todos. Esteban Laverde, volante de creación, estaba tan agripado, que sus ojos parecían dos balones de lo hinchados y de la nariz le salían goticas de agua virulenta que –pese a sus varios intentos– no lograba contener.

Ramón se sentó en el banco, se puso las canilleras, las medias y los guayos con la paciencia sagrada de un ritual. Pepe Murillo lo miró, y supo enseguida que, aunque no estaban de acuerdo, el único que aceptaría sustituir al 10 del equipo era Ramón. Los demás no podían con la responsabilidad; además, estaban contagiados de gripa, y sólo él podía sobrellevarla y jugar al mismo tiempo. Lo llamó hacia la lateral, y a pesar de esforzarse por transmitirle confianza al chico, solo atinó decirle:

-Anda Moncho, trata de no embarrarla...tanto.

Ramón se ató los cordones con la misma calma de siempre, pendiente del gesto y de cada nudo. Ingresó al campo junto con sus compañeros de equipo, y el partido comenzó. Ramón llenó bien los espacios a nivel defensivo, trianguló con los defensas y jugó de pivote, generó tres opciones de gol que los delanteros fallaron, mantuvo siempre la calma, y animó a sus compañeros a no rendirse. El partido estaba por terminar, y aún no llegaba el gol. Ir a penales no era una opción. ¡Hadta ed pitazo fidad buchachos! ¡Do hay tiembpo pada ed cadsadcio!

Y en una jugada sucedió lo inesperado. Francisco era el encargado de cobrar los tiros de esquina. Ramón se ubicó al borde de área y se preparaba para eludir la marca, cuando sintió el estornudo que se anunciaba a medio camino: las cosquillas en los cornetes, la mirada llorosa, la picazón del paladar. Francisco ubicó el balón en el punto de cobro. Ramón se llevó la mano a la nariz, se rascó con el envés del pulgar, sacudió la cabeza, arrugó la nariz. Francisco corría ya para levantar el centro, y Ramón, en un esfuerzo por no cerrar los ojos, la mirada fija en el balón, corrió hacia el primer palo, se elevó sobre los defensas y...

AAAAACHÚUUUUUUUUUUUUUUUU

A Pepe Murillo se le vio hasta el corazón del grito. Se le cayó la mandíbula del grito y corrió a abrazar a aquel muchachito resfriado, que con un estornudo había anotado el mejor gol del torneo. Ramón sacó el pañuelo, se sonó con fuerza y lo volvió a guardar. Sus compañeros lo miraron desde la banca, entretenidos y un tanto confundidos. Ninguno se tomó el antigripal.

Se nos perdió el balón

Esa tarde se nos perdió el balón. Se fue por encima de los pinos a la casa de la vecina, que no soporta esta fiesta. Doña Tulia no la entiende. Se nos perdió el balón, y a nadie le pareció extraño continuar con el partido. Urrutia hizo un saque lateral, y el balón, liviano como las ideas, se durmió sobre el pecho de Gómez, que sin dejarlo caer al piso lanzó un centro hacia el borde de área. Yo iba en plena carrera sin apartar los ojos de ese balón transparente. Llegaría pesado a mí y tenía que ser hábil en el control. Ya tenía lista la pierna derecha y, borde interno de la cara del zapato para recibirla, cuando López se me atravesó como un toro y anticipó la jugada. Salió de su área como un soldado bajo el mando de Leonidas, y se llevó el balón con la cabeza, siguió tras él, y eludió a todos mis compañeros. Esquivó a Santos con un sombrerito, con el túnel humilló a Jiménez, con el ocho a Medina. Uno a uno los fue dejando regados en esa cancha improvisada.

Doña Tulia, que miraba por entre los pinos, no lo podía creer. Sí, parecíamos una manada de locos. López se acercaba al borde del área, y Duarte, solo, íngrimo entre el par de zapatos que hacían de arco, se hizo a un lado al ver a López que parecía estar bajo el efecto de algún poderoso hechizo. Entonces, doña Tulia nos regresó el balón, lanzándolo por encima de los pinos. Este cayó justo a los pies del toro López que apenas tuvo que empujarlo para cantar su gol. El mejor gol que se vio en medio de ese tierrero.

Te aviso cuando te escuche

La vida va hablando
Cristina Calle

El silencio es la nota más importante para cualquier músico. Humberto lo sabía, así que cada noche volvía a su casa sin pronunciar palabra. Saludaba al portero alzando la mano derecha y haciendo una pequeña reverencia con la cabeza; sonreía si se cruzaba con alguien en el ascensor, pero no hablaba. Sabía que tenía que reponer su voz. En la orquesta le habían dicho ojo que ya viene el concierto”, y el director le aconsejó “nada de andar gritando goles el domingo”. Así, pues, subía los siete pisos vocalizando mentalmente *do, re, mi, fa, sol, la, si* y luego *do, sí, la, sol, fa, mi, re, do*, mientras entraba a su apartamento.

Esto lo repetía de martes a viernes; los sábados cantaba de 7 a 10, y guardaba silencio el resto de la tarde. Salía a hacer mercado, conocía ya los precios de las cosas y pagaba el valor exacto, así no daba oportunidad para que el cajero le hiciera preguntas “¿Tiene los 600, vecino?” Luego, iba al parque a leer un poco, y volvía a casa a cocinar. Hacía cuentas de sus gastos y se acostaba temprano. Los domingos volvía a hablar, a eso de las seis de la tarde, porque había fútbol por televisión. No es que fuera hinchas de algún equipo en particular, ni en su juventud un futbolista frustrado, pero nada le producía tal euforia como dicho deporte, así que jamás eludía su ritual.

Le parecía que el partido era, a su manera, un concierto. Orquestado por un director sin batuta, que también gestualiza con los brazos. Con una formación -cuerdas, por un lado, maderas por el otro, metales y percusión- semejante a una alineación: defensas, volantes, delanteros. Con una obertura o calentamiento, momentos de éxtasis ascendiendo hacia un *fortissimo, solos* ejecutados por uno que otro valiente que se atreve a lanzar una gambeta; *diminuendos*, cuando el partido se calienta por exceso de infracciones. Y grandes silencios: previos a un cobro de tiro penal, ante la lesión de un ídolo, ante la expulsión vergonzosa de algún jugador. Había comprendido, después de muchos partidos y narraciones de periodistas hispanohablantes que el fútbol se mueve principalmente entre el *Do mayor* y el *Re menor*: entre el dominio y la recuperación. Y a la recuperación la acompañaba el repliegue, el remate, el reposicionamiento, la referencia.

Humberto cerraba las cortinas de la sala de su casa, un pesado paño vino tinto cubría las dos ventanas. Ponía una espuma en la ranura inferior de la puerta para evitar que se filtrara la luz, encendía el televisor, le bajaba por completo el volumen, zapateaba tres veces contra el piso de madera, y se sentaba en el sofá. Su vecino del piso de abajo, Ismael, atendía al llamado de inmediato, se sentaba en su sillón y escuchaba atento; tomaba su bastón blanco y rojo, y con la puntera golpeaba el techo tres veces para darle a entender a Humberto que estaba listo.

A causa de la diabetes y a un glaucoma, Ismael había perdido la vista de su ojo izquierdo. La habilidad del derecho, por el esfuerzo de ver por dos, fue desvaneciéndose hasta quedar casi a oscuras. Sin embargo, podía hacer todo sólo. Cocinar, tomar el bus, ir a cualquier lugar de la ciudad, y regresar. Pero no podía ver fútbol sin Humberto pues los locutores inflan las palabras y no logran generar conexión en los movimientos. Ismael no sabía si atacaban por la derecha, si el balón se movía a lo ancho de la cancha, si el disparo era a media altura o rastrero. Los locutores omitían los detalles más importantes y entregaban la información fragmentada, apenas para que el espectador vidente llenara los espacios vacíos. Cuando Humberto llegó a vivir al piso de arriba, un domingo en la mañana, Ismael escuchó cómo las cajas se arrastraban sobre el piso de madera, y los muebles crujían cuando los cargaban. ¿Quién se muda un domingo en la mañana? Fue lo primero que pensó. Tendría que haber conseguido permiso de la administración. No será cualquier mequetrefe. De pronto, comenzó a sonar el *Réquiem en Re menor* de Mozart. ¿Un músico? Pensó Ismael. Y mientras sonaba la pieza, Humberto acomodaba los libros. Lo escuchaba subir y bajar los peldaños de una escalera metálica que rechinaba a causa del óxido. Por lo menos unas veinte veces contó Ismael que Humberto subió y bajó la escalera. Las estanterías bajas debían estar llenas. El sonido que producían las bases de madera de aquella biblioteca iba aumentando a medida que los libros encontraban su puesto en los anaqueles superiores. El *Réquiem* terminó, y Humberto siguió acomodando sus obras. Después de media hora, se detuvo.

Ismael salió de su apartamento a dar la vuelta de siempre por el parque, a almorzar con sus amigos y jugar las dos partidas de ajedrez, el único deporte que lo apasionaba casi tanto como el fútbol, y el único que podía practicar a su edad. Sus pasiones, según decía, se movían siempre entre el blanco y el negro, en los parches del balón y entre las casillas del tablero. Eran las cuatro de la tarde cuando regresó. Abrió la puerta del edificio, subió un piso, y parado frente a la puerta de su apartamento palpó sus llaves buscando la correcta. De pronto, alguien subió las escaleras de dos en dos. Ismael dejó caer el manojito de llaves. Humberto se apresuró a levantarlas.

- Aquí tiene, señor- dijo estirando el brazo.

Cuando Ismael estiró la mano para recibir las llaves, Humberto se sonrojó. Le puso las llaves en la mano y le tocó el hombro para disculparse, como si Ismael pudiera verlo apenado. Se dirigió hacia las escaleras para subir a su apartamento y las subió también, de dos en dos... Ismael lo escuchó subir, y le gritó:

-Bienvenido al edificio, soy Ismael-. Y la puerta se cerró tras el grito.

Ismael entró a su casa, se preparó algo de comer y se sentó a leer. Humberto siguió moviendo cajas y organizando el apartamento, a las 5:50 p.m. sonó la alarma del reloj. Encendió el televisor y el decodificador, arrastró una caja para que hiciera de silla, puso en el volumen en “silencio” y empezó a calentar la voz con la alineación de los equipos Fermata y Calderón. Arrancó el partido y Humberto comenzó a llenar la sala de melismas, adornando las vocales, embelleciendo con su voz el juego. Ismael escuchaba desde su apartamento la imponente voz del cantante. Jamás se le habría ocurrido que el fútbol pudiera ser cantado. “Listo para el contragolpe, el arquero lanza el balón a su delantero, recibe de pecho, deja que la pelota pique una vez” *entonces*, en un sobreagudo fortísimo, Humberto canta un gol. Va *in crescendo* su voz, potenciada por la fuerza de semejante remate cuando un alarido desentonado le destempló el oído. Proviene del piso de abajo, -se dijo. Alguien grita “gol” como si le hubieran machucado un dedo. A Humberto se le empinan los pelos y un escalofrío le sube por la espalda. ¿Cómo puede la alegría sonar tan diferente? La transmisión del partido mostraba la repetición, y los hinchas aparecieron en pantalla con sus bocas abiertas. El eco de aquel grito se reprodujo en sus caras. Humberto, que se había puesto de pie para cantar con más fuerza, se desplomó sobre la caja y respiró profundo. Tras reponerse de semejante interrupción, pensó en el viejo ciego del piso de abajo. ¿Sería posible? Nunca había escuchado que en el piso de abajo se encendiera un radio o un televisor que sintonizara el mismo partido. Entonces preguntó:

- ¿Ismael, es usted?

Y desde abajo, después de un silencio redondo:

- Soy yo.

No le importó el partido que apenas iba por los minutos finales del primer tiempo. Apagó el televisor, tomó las llaves que estaban sobre una de las cajas sin desempacar, y salió del apartamento. Bajó un piso y golpeó tres veces, con el puño cerrado y por el lado del meñique, en la puerta de Ismael.

- ¡Está abierto! Dijo una voz ya tranquila.

Miró la chapa, la giró con la mano izquierda, y empujó la puerta. Una luz tenue iluminaba el pasillo, pero Humberto alcanzó a notar el espaldar de la poltrona y la silueta de lo que parecía ser la cabeza de Ismael. Dio unos pasos hacia él y tumbó un florero sobre una pequeña butaca. Sintió cómo el agua entraba en uno de sus zapatos.

- Perdón, es que...no veo nada.

Ismael se puso de pie, rodeó la poltrona, y se perdió en la oscuridad. Si el apartamento tenía la misma distribución que el suyo, Ismael debía estar en la cocina. En efecto, segundos

después e encendió la luz en el apartamento y Humberto pudo ver a Ismael sobre una escalera había enroscado el bombillo de la cocina.

- No suelo tener visitas- dijo Ismael-, además, como yo veo sin luz, no uso los bombillos. Y se rio. Estaba acostumbrado a hacer ese tipo de chistes para “romper el hielo”.

Humberto, apenado aún por el reguero de agua, soltó una risa tímida y se agachó a recoger el florero y la rosa blanca que apreció cerca de sus pies. Lo llevó a la cocina, se acercó al lavaplatos y volvió a llenar de agua el florero. Tomó una bayetilla para secar el agua del piso y dejó todo en su puesto. Ismael lo seguía con el oído.

- Gracias....emmm...- titubeó buscando el nombre.
- Humberto, Humberto Contreras.

Ismael estiró la mano izquierda, pues tenía el bastón en la derecha. Humberto estrechó con fuerza la mano rugosa del viejo.

- Un gusto, señor Ismael.
- ¿No hablas mucho, eh? - dijo Ismael y esbozó una sonrisa. Humberto sonreía apenado, no sabía cómo actuar ante aquel viejo cariñoso.
- No, no señor, pero canto.
- ¡Y de qué manera, joven! Te escuché durante el partido- dijo emocionado el viejo.

Hicieron café, se sentaron y hablaron. Humberto, sobre la orquesta, de los regaños del director cada lunes al notar su fatiga vocal, sobre su ritual de silencio el resto de la semana. Ismael sobre su accidente, su viudez, sobre la rosa blanca que su hija le llevaba cada lunes. Hablaron de su pasión por el fútbol, del nivel de los equipos actuales, de la calidad de los locutores radiales. Se despidieron esa noche con la promesa de ver los partidos juntos.

- Yo zapateo el piso para avisarte que va a comenzar- dijo Humberto.
- Perfecto, contestó el otro, te aviso cuando te escuche.